

sionado algun disgusto, á gentes que acaso nunca viste en tu vida, y que tienen muchas bellas prendas, y son muy respetables por otros cien motivos? ¿Será uno tan ciego que crea obra en esto por puro zelo de la mayor gloria de Dios? ¿Ignora que debe amar al prójimo como se ama á sí mismo? Es cierto que no se nos esconden nuestros propios pecados; pues ¿por qué no nos moverá el zelo de la gloria de Dios á aborrecernos, á desacreditarnos á nosotros mismos? Esta es ilusion tan comun el dia de hoy á tantas gentes. El precepto de la caridad cristiana es esencial; á ninguno se le dispensó jamás; sus obligaciones son muy delicadas. ¡Ah mi Dios! ¡y qué materia esta respecto de tantos y de tantos para gemir y para temer!

Suplicote, Señor, que me perdone mis iniquidades en este particular. Confieso que soy reo, y que nunca os he amado á vos, pues no he amado á mis hermanos. Espero en vuestra misericordia, que de hoy en adelante se conocerá por mi amor á mis prójimos, que soy vuestro discípulo, y que os amo de todo mi corazon.

JACULATORIAS. — Si, mi Dios; el amor que profesaré á mis hermanos los anunciará la gloria de vuestro santo nombre; y en medio de la congregacion de los fieles, cantaré animosamente vuestras alabanzas. (Ps. 21.)

Ya es tiempo, Señor, de que se observen con fidelidad vuestros divinos mandamientos; particularmente cuando tantos disipan y desprecian tu santa ley. (Ps. 118.)

PROPOSITOS.

1 No hay cosa mas precisa ni mas clara que el precepto de amar á nuestros prójimos: tiénele Jesucristo tan dentro de su corazon, que por excelencia le llama el gran precepto suyo: *hoc est preceptum meum*. Es error preciarse de discípulo suyo el que conoce muy bien que no ama á su prójimo. Ten por cierto que la falta de caridad condenará á muchos, y no quieras tú entrar en ese número. Ama á tus hermanos; pero no se quede tu amor en palabras, acredítale con las obras. Muéstrate sensible á las miserias de todo el mundo: compadécete de sus males, de sus flaquezas, y hasta de sus mismos defectos; asístelos con tus limosnas, con tus consejos, con tu crédito, y con tus buenos oficios. Una alma grande, abrasada en fuego del amor de Dios, á todo el mundo escusa. Léjos de inflamarte en un zelo duro, amargo y fogoso, muestra entrañas paternas á todos, y des-

confía mucho de los falsos pretextos de zelo. Si los defectos de otro fueran justo motivo para enconar el corazon, y para encender nuestra cólera; ¡qué objeto de cólera y de odio serias tú mismo á los ojos de Dios!

2 Si no te hallas en estado de manifestar tu amor al prójimo con buenos oficios, muéstrasele á lo menos con tu conducta. Recibe y trata á todo el mundo con semblante risueño, con modo grato, usando con todos de modales cortesanos y apacibles. Sofoca en tí todo movimiento de emulacion, de envidia, de frialdad, y aun de indiferencia sea con quien se fuere. Imponte una ley de honrar y de estimar á todos: no sufras que en tu presencia se hable mal, ni aun del mas mínimo; y si no tuvieses autoridad ni jurisdiccion para reprender á los que esto hicieren, muestra á lo menos con tu silencio y con tu seriedad lo mucho que aquello te desagrade: habla siempre bien de todo el mundo. La verdadera caridad todo lo escusa, y está siempre ansiosa de hacer bien á todos.

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES NEREO Y AQUILEO, hermanos, en Roma, en la vía Ardeatina, los cuales juntamente con FLAVIA DOMITILA, de quien eran eunucos, estuvieron largo tiempo desterrados en la isla Poncia; despues fueron muy cruelmente azotados; y por último como el cónsul Minucio Rufo los amenazase con el caballete y con el fuego si no sacrificaban á los ídolos, le respondieron que los habia bautizado el apóstol S. Pedro, y asi que de ningun modo podian sacrificar á los ídolos; por lo cual fueron degollados. Sus sagradas reliquias, junto con las de Flavia Domitila, por orden del papa Clemente VIII fueron trasladadas solemnemente tal dia como ayer de la diaconia de S. Adrian á la iglesia de su propio y antiguo titulo nuevamente reedificada. (Véase su historia en las de hoy.)

SAN PANCRACIO, mártir, tambien en Roma, en la vía Aurelia, el cual siendo de catorce años fué degollado por la causa de la fe, imperando Diocleciano. (Véase su vida en las de hoy.)

SAN DIONISIO, igualmente en Roma, tio del mismo S. Pancracio. (Véase la vida de éste.)

SAN FELIPE DE ARGIRA, en Sicilia, quien siendo enviado á aquella isla por el papa á predicar el Evangelio, redujo á la fe católica la mayor parte de sus habitantes: su santidad se manifiesta señaladamente en curar á los energúmenos.

SAN EPIFANIO, obispo, en Salamina en Chipre, quien siendo célebre por su grande erudicion y por la inteligencia que tenia de las sagradas Escrituras, se hizo todavia mas admirable por la santidad de su vida,

por el zelo de la fe católica, por la liberalidad con los pobres, y por la gracia de hacer milagros. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN GERMAN, obispo, en Constantinopla, insigne en santidad y doctrina, el cual reprendió con gran firmeza al emperador Leon Isaurico cuando publicó aquel decreto suyo contra las sagradas imágenes. (Después de muchos malos tratamientos por parte de los herejes, se vio obligado á dejar su iglesia el año 730, habiéndola gobernado catorce años. Murió en Platamo, en tal dia como hoy del año 733.)

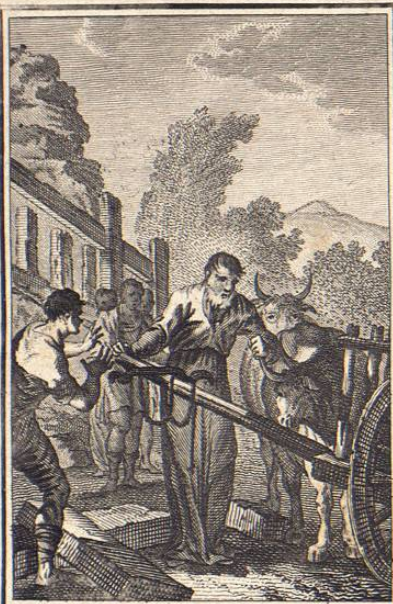
SAN MODOALDO, obispo, en Tréveris.

SANTO DOMINGO, confesor, en la Calzada. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTO DOMINGO DE LA CALZADA, CONFESOR.

AUNQUE no se sabe de cierto cuál fué la patria de Sto. Domingo de la Calzada, la mayor probabilidad está á favor de Villoria, lugar pequeño en la Cantabria, por decirlo así un leccionario muy antiguo de la iglesia Asturicense, que refiere su vida. Nada se sabe de los padres venturosos que dieron fruto de tanta bendicion al mundo; pero se cree que fueron pobres, aunque virtuosos por la educacion que dieron á su hijo, en quien desde la edad juvenil habian ya echado profundas raices las mas sublimes virtudes. Siendo jóven, y sin letras, sabia lo bastante para estar persuadido á que ninguna cosa hay en el mundo capaz de saciar el humano corazon, y á que es vana toda aquella ciencia que no se funda sobre la humildad y caridad cristianas. Por esta causa meditó dentro de sí que le era mejor retirarse á la religion, y profesar su austeridad y obediencia, que vivir espuesto á los peligros del mundo. Con este pensamiento llegó al abad de Valvanera, de la orden de S. Benito, y le pidió humildemente que le admitiese en su compañía, y le enseñase las doctrinas cristianas y sagradas que eran necesarias para poder ayudar á sus hermanos en la instruccion de los pueblos. La demanda no podia ser mas justa; sin embargo, no fué admitida por aquel abad, que hallaria motivos razonables para negar al siervo de Dios el cumplimiento de sus deseos. Lo mismo le sucedió en el convento de S. Millan, á cuyo abad hizo el Santo la misma súplica y propuesta que habia hecho al de Valvanera; pero este abad le desechó, porque viéndole pobre, y en traje que daba lugar á justificar cualquiera sospecha, no quiso ser responsable de las consecuencias que se podrian seguir en unos tiempos en que toda precaucion no era suficiente para evitar los multiplicados peligros.

Viendo el Santo frustrados sus deseos, se fué á un santo er-



Sto. DOMINGO DE LA CALZADA.

mitaño que hacia vida solitaria y contemplativa en un bosque cercano al convento de S. Millan , y le pidió instrucciones para arreglar su vida de tal modo , que se cumpliesen en parte sus deseos. El ermitaño le hizo una breve plática acerca del desprecio del mundo , y manifestó con su ejemplo cuán poco debía apegarse á las cosas terrenas ; pues con una sencilla y pronta voluntad le ofreció una pobre celdilla que habia hecho para sí , dispuesto á dejar aquel sitio , y buscar otro en que continuar su vida solitaria luego que quisiese hacerla en él su huésped. No quiso aceptar Domingo tan generosa oferta ; y así instruido y edificado , despidiéndose del solitario , se marchó á un sitio de la Bureba , donde hoy es la ciudad , que tiene su nombre. Estaba aquel sitio muy lleno de malezas , y por lo mismo era muy á propósito para aquellos hombres perversos , que desnudándose de todas las ideas de religion y humanidad , se hacen asesinos de sus mismos hermanos cuando los encuentran en los caminos sin defensa. Además advirtió el Santo que por allí cerca pasaban muchos peregrinos á visitar el cuerpo del apóstol Santiago , y solian padecer robos y vejaciones de los bandidos que se guarecian en aquellos bosques , y concibió el proyecto de hacer allí su mansion para poder proporcionarles algún consuelo y seguridad. Los proyectos de la caridad siempre encuentran recursos para llevar á debido efecto sus obras. En poco tiempo no solamente dispuso con el sudor de su rostro un huerto hermoso y fecundo , no solamente plantó viñas , con cuyo fruto pudiese consolar y restablecer á los fatigados peregrinos ; sino que además edificó una ermita en honor de la Madre de Dios , en donde dirigia sus fervorosas oraciones al cielo. Cinco años permaneció allí el Santo ocupado en ejercicios fervorosos de contemplacion y de caridad , hasta que viniendo por aquel sitio un santo llamado Gregorio , obispo de Ostia , que habia sido enviado á España por el sumo pontífice á negocios muy interesantes , se juntó con él para gozar de su doctrina , y hacerse participante de los muchos merecimientos que contraia predicando la palabra de Dios.

Habiase propagado por el reino de Navarra tanta langosta , que sin poder bastar diligencias humanas para esterminala , devastaba los campos , y ponía á todo el reino en una lastimosa miseria ; recurrieron los navarros al sumo pontífice , pidiéndole que les ayudase con sus oraciones y las de la Iglesia para aplacar la ira de Dios que tanto los afligia. El pontífice , que á la sazón era Benedicto IX , envió á este S. Gregorio , obispo de Ostia , varon muy sabio y de mucha piedad , para que hiciese cuanto le dic-

tase su prudencia en beneficio y consolacion de aquellos pueblos; en efecto, lo hizo de manera, que con las procesiones que instituyó, las rogativas y públicas penitencias que hizo, y la enmienda de las costumbres, se aplacó el enojo de la divina justicia, y cesó la plaga que tenia consternado á todo el reino de Navarra. Con este santo varon estuvo Domingo bastante tiempo acompañándole en todas sus evangélicas expediciones, contentísimo de servir de algun modo á un tan gran Santo en el ministerio de la palabra, ya que él no era capaz de predicarla sino con el ejemplo, que es mas eficaz.

Muerto S. Gregorio, tuvo Domingo que entrar en consulta consigo mismo sobre el método que habia de guardar en su vida. No deseaba otra cosa que servir y aprovechar á sus hermanos cumpliendo el primero y mayor de los preceptos; y para este fin consideró que en parte ninguna podria hallar materia tan abundante como en aquel mismo lugar de donde salió para juntarse con S. Gregorio. Volvióse á él, y comenzó á proseguir con mas eficacia la obra que antes habia comenzado. Como estuvo algunos años en la compañía del santo obispo, habia habido tiempo para que volviesen á crecer las malezas por aquel sitio fragoso, y se albergasen en él los malhechores. De consiguiente los peregrinos padecian ya las mismas ó mayores vejaciones que en los años pasados, siendo muchas veces despojados y maltratados por los ladrones. Volvió, pues, el Santo á su antigua morada: reparó, ante todas cosas, la capilla que habia dedicado á Maria santísima, y se dispuso á hacer un camino ó calzada cómoda y segura por donde pudiesen ir los pasajeros libres de insultos. Taló aquellos pedazos de bosque que impedian mas la seguridad; cegó algunos lugares pantanosos, é hizo construir un puente muy seguro y costoso, concurriendo voluntariamente á ayudar sus intenciones benéficas todos los pueblos comarcanos. De este modo en breve tiempo se dispuso aquel camino tan cómodamente, y se edificaron en aquel sitio tan multiplicadas habitaciones, que ha llegado á ser una poblacion numerosa, que por ser fundacion de este Santo se llama Sto. Domingo de la Calzada.

La mayor parte de esta grande obra se debia mas que á las diligencias humanas, á las fervorosas oraciones de este gran siervo de Dios. Era ya muy anciano cuando el puente y las demás fábricas estaban en el hervor de su construccion; y cuando habia alguna dificultad que vencer, ó faltaba algo que fuese necesario para seguir la obra, tomaba su báculo, y se marchaba á la capilla de la sagrada Virgen, y allí con ruegos y lágrimas fervorosas alcanzaba del cielo el vencimiento de todas las dificul-

tades. Manifestóse en esto tan glorioso, que muchas veces se multiplicaron los milagros con que daba Dios á entender cuan gratos le eran los trabajos de su siervo. Sucedió un dia de fiesta, que habiéndose publicado en el ofertorio de la misa una súplica de parte del Santo para que el que tuviese devocion ayudase como quisiese á la construccion del puente, un villano quiso burlarse del Santo con una burla muy pesada. Todos los demás habian ofrecido segun sus facultades, unos sus carros, otros sus caballerias, otros sus brazos y dinero, esmerándose cada uno en adelantar al otro, ya por la gran devocion y respeto que tenian al Santo, y ya tambien porque veian la grande utilidad que de aquella obra á todos les resultaba. Entre tanta gente piadosa no faltó, pues, un rústico temerario é indevoto, que dijo de esta suerte: Yo ofrezco por un dia, para la obra del puente, dos toros que tengo en el monte, con condicion que el padre Domingo los traiga. Eran los toros feroces en extremo, y el rústico hacia aquella promesa ilusoria en la confianza de que el Santo no iria por ellos, pues estaba seguro de que lo mismo seria acercarse á ellos que hacerle pedazos. Pero sonriéndose el Santo, dijo: *Con el favor de Dios voy á poner en ejecucion el cumplimiento de tu oferta.* En efecto, fué el Santo al monte, y al punto que le vieron los indómitos animales, se vinieron á él como mansos corderos: tomólos por las astas, unciólos á un carro, y trabajaron cuanto se les mandó como si fueran bueyes bien domados. Así quedó escarmentado y enseñado aquel hombre indevoto, favorecida una obra dictada por la caridad, y el Santo mas honrado y glorificado, cuando el villano juzgó que seria burlado y escarnecido.

No contento el Santo con haber dispuesto un buen camino para los peregrinos, dispuso fabricar un hospital en donde fuesen recogidos y refrigerados del cansancio y las fatigas. En esta fábrica se le ofrecieron algunas contradicciones que superar, ya por la madera que fué necesario cortar de un monte vecino, y ya porque habiendo hecho un pozo para comodidad del hospicio, comenzaron á quejarse algunos mal contentos de que, se les habia hecho no sé qué injuria. La primera contradiccion se desvaneció fácilmente viendo que Sto. Domingo, sin mas auxilio que una pequeña hoz, cortaba y derribaba encinas enteras, lo cual conocieron que no podia hacerse sin una virtud sobrenatural y divina; pero la segunda tuvo consecuencias mas funestas. Llegó á tanto el atrevimiento y encono de aquella gente enfurecida, que comenzaron á apedrearle. El Santo, en lugar de huir, se vino á los mismos que le maltrataban, quienes al verle libre de sus pie-

dras, y con un rostro sereno y majestuoso, que mudamente les reprendia su temeridad, cesaron de perseguirle cayéndoseles las piedras de las manos, y la ira del corazón; solo dos peregrinos que habian recibido mil mercedes del venerable anciano en su hospicio, tuvieron tanta insolencia, que prosiguieron tratándole mal de palabra, y peor de obra; pues uno de ellos tuvo la audacia de poner las manos en el Santo, haciéndole caer en medio del fuego que estaba allí cerca encendido. Levantóse sin lesión, y sin dar la mas ligera muestra de impaciencia; pero Dios, á cuyo cargo está el cuidar que no perezca ni un cabello de la cabeza de sus siervos, no dejó sin venganza tan atroz delito. Trabáronse de palabras aquellos dos miserables sobre la ejecución de sus mismas insolencias: riñeron, y riñeron de modo que ambos quedaron muertos en la pendencia, y sus cadáveres fueron destrozados y comidos de perros. Semejante castigo, aunque no tan riguroso, experimentó otro aldeano, que por dar enojo al Santo introducía sus ovejas en el huerto que habia plantado para consuelo de los peregrinos. Amonestóle caritativamente, y le rogó con mayor encarecimiento que no hiciese aquel mal á una heredad que era de los pobres; pero sordo á los avisos, y obedeciendo á lo que le dictaba su malicia, prosiguió en el mismo delito, hasta que cansado el cielo castigó su temeridad dejándole un día en el mismo acto de introducir las ovejas en el huerto, sordo, baldado de todos sus miembros, derrengado y calvo, para que el castigo además de la severidad de los dolores, tuviese tambien el martirio de la vergüenza.

Así daba testimonio el cielo de lo gratas que le eran las obras de caridad en que se empleaba el siervo de Dios; pero éste no se descuidaba en acrecentarlas con continuos ayunos, con oraciones fervorosas, con limosnas, y todos los ejercicios de la piedad cristiana. Tenia continuamente en la memoria que llegaria presto un día en que habia de ser presentado ante el tribunal del Juez supremo de vivos y muertos, y queria que no le cogiese desprevenido una hora tan terrible. Era tal su cuidado en este punto que siete años antes de morir hizo labrar su sepulcro en una peña; y para que este lugar no estuviese ocioso, le llenaba de trigo al tiempo de la cosecha para repartirlo despues de limosna á los pobres. Un día vino á visitarle una devota mujer, que era comadre del Santo, y como para obsequiarla quiso enseñarla el sepulcro que se tenia ya prevenido. Viéndolo la mujer le dijo: *¿Qué motivo habeis tenido para disponer vuestro entierro tan lejos de la iglesia?* A lo cual respondió Sto. Domingo: *No tengáis cuidado de eso, señora: la divina Pro-*

videncia cuidará de que mis miembros reposen en lugar sagrado; porque os hago saber, que ó la iglesia seguirá mis pasos extendiendo á este lugar su recinto, ó mis miembros disfrutarán de sus favores. El suceso manifestó que habló con espíritu profético, pues con el discurso de los tiempos vino el sepulcro á estar dentro de la iglesia.

Lleno de virtudes y merecimientos, habiendo llegado á una edad avanzada que gastó por la mayor parte en beneficio de sus prójimos, conociendo que se le acercaba el tiempo de mirse perpetuamente con su Dios, acrecentó los ejercicios de piedad, y procuró disponerse para dejar este destierro y caminar á la patria de los justos. Recibió con suma devoción los santos sacramentos de la Iglesia, y durmió en el Señor á 12 de mayo del año 1109, dejando á sus familiares llanto en los ojos, y ejemplos de celestial doctrina fijados en el corazón. Su cadáver fué sepultado en el sepulcro que de antemano se habia dispuesto, el cual glorificó Dios con repetidos milagros en testimonio de la santidad de Domingo. Apenas murió, un labrador que no estaba bien con sus establecimientos tomó un hacha y comenzó á cortar los árboles que el Santo habia plantado en el huerto de los peregrinos; pero perdiendo repentinamente la vista, castigó el cielo su temeridad, y aprobó la caridad de su siervo fiel que siempre se habia empleado en el cumplimiento del mayor de los preceptos. Tambien experimentó el mismo castigo una avarienta mujer que viendo las copiosas limosnas que los fieles ofrecian al sepulcro del Santo, concibió el temerario designio de robarlas, fingiendo que se acercaba para ofrecer las suyas. Al punto que verificó sus malos pensamientos se halló ciega repentinamente, de modo que desatinada y aturdida se daba contra las paredes. Iba con ella un hermano suyo, quien ignorando la causa de un mal tan repentino, la preguntó qué habia hecho de que la pudiese resultar aquella calamidad. Entonces la infeliz le confesó abiertamente su delito, y como habia hurtado algun dinero de las limosnas del Santo, por lo cual Dios la habia castigado con aquella ceguera. Llevóla su hermano al sepulcro; la hizo restituir lo que habia robado; y con lágrimas de compuncion pidieron ambos á Sto. Domingo perdon de aquel desacato, y que alcanzase del Señor misericordia. No les salieron vanas sus esperanzas, pues allí mismo le fué restituida la vista del cuerpo, y tambien la del alma, siendo de allí adelante mas devota y mejor cristiana.

Son innumerables los prodigios que Dios ha obrado por la intercesion de este Santo con todos los que se han encomendado

á sus oraciones é intercesion, ó han visitado su santo sepulcro. Unas veces han visto consolidados sus miembros los que estaban mancos, cojos ó tullidos; otras han recuperado su salud enfermos desahuciados; otras han adquirido vista, oído y habla, los ciegos, los sordos y los mudos: otras, en fin, se han rescatado de la tiranía del demonio muchos miserables que estaban poseidos de este cruel enemigo, hasta el punto de despedazarse á sí mismos, y tener que atarlos para que no se quitasen la vida. Pero entre todos los que han disfrutado su poderoso patrocinio, se ha señalado el mismo pueblo de la Calzada. Es digno de perpetua memoria el prodigio con que fué librada esta ciudad de un horroroso esterminio con que la amenazaba el rey D. Pedro, llamado el Cruel, teniéndola asediada y sin mas arbitrio para su defensa que la proteccion de su santo fundador. Habia seguido en la division civil que acació sobre el reinado de los dos hermanos D. Pedro y D. Enrique, la faccion de este último. Por tanto vino sobre ella D. Pedro, la cercó y estrechó hasta el último apuro, con designio de hacer en sus habitantes un escarmiento que confirmase el renombre de Cruel, que con otras devastaciones semejantes se habia ganado. Ya veian los acongojados vecinos difundirse el fuego por todas sus habitaciones, devorar la ciudad entera, y amenazar el desapiadado cuchillo á todas sus gargantas. En tamaño conflicto recurrieron con lágrimas y fervorosas oraciones á Sto. Domingo. Hicieron vigiliás á su sepulcro: le visitaron con solemnes procesiones, vestidos de penitentes, é instaron con tanto ardor, que llegó á enter necerse el cielo de su desgracia, y á darlos socorro por medio de su protector. Cuando la mayor parte del pueblo afligido estaba derramando súplicas y gemidos al rededor del santo sepulcro, he aquí que todos oyeron una voz milagrosa que los dejó suspensos. Inmediatamente aparecieron y dejaron verse por una ventanilla que tenia el sepulcro dos manos blancas como la nieve, en lo que entendieron que el brazo omnipotente del Todopoderoso se declaraba en su defensa. Permanecieron algun tanto las manos visibles, y volvieron á esconderse dentro del sepulcro dejándolos á todos llenos de turbacion, de consuelo y de esperanza. En el ínterin el rey D. Pedro se aceleraba á ejecutar la venganza que tenia sentenciada; pero ¡ó prodigio! al llegar con su ejército á una montañuela que domina la ciudad, todo él se halló cercado de una espesa y negra nube que le dejó en tinieblas. El mismo rey y todos sus soldados se hallaron de pronto con tanta agua en los ojos que los dejó como ciegos, de manera que no podian moverse del sitio en que se hallaban

sin darse unos contra otros. Volvieron en sí conociendo el milagro; pidieron perdon á Dios y á Sto. Domingo: mandó el rey dejar libre la ciudad, y que marchase el ejército hácia otra parte, y luego recobraron la luz y la vista que antes habian perdido.

Otros muchísimos milagros se refieren de este glorioso Santo, que seria muy largo referirlos: todos manifiestan su gran santidad, el afecto con que desde el cielo mira á sus devotos, y la gloria que recibe Dios de que le pidan mercedes por medio de este siervo suyo.

LOS SANTOS NEREO Y AQUILEO, Y SANTA DOMITILA, MÁRTIRES.

Es muy célebre en la Iglesia desde el segundo siglo la memoria de los santos mártires Nereo y Aquileo; siendo su culto de los mas antiguos que se solemnizan en ella. Eran dos hermanos, que habiendo entrado en servicio de la princesa Domitila, sobrina del emperador Domiciano, siendo aun muy niños, tuvieron la dicha de ser instruidos en la fe, y bautizados por el mismo apóstol S. Pedro, juntamente con toda aquella ilustre y santa familia, que derramó con el tiempo su sangre por Jesucristo.

Distingúanse tanto entre todos los criados de la princesa Nereo y Aquileo por sus costumbres y por su buen ejemplo, que esto mismo les mereció la particular estimacion de su ama, quien los hizo gentiles-hombres de su cámara, y les dió su confianza.

Refieren las actas mas antiguas de los dos Santos, que viendo un dia el cuidadoso desvelo con que la princesa se estaba visitando y adornando para recibir la visita del conde Aureliano, con quien estaba desposada, lo sintieron vivamente; y animados del zelo que tenian por la salvacion de su alma, la representaron con cristiana libertad, pero con el mayor respeto, cuan indigno era aquel prolijo cuidado de agradar á un hombre mortal, de una alma que ellos habian creído siempre destinada para ser esposa de Jesucristo, y para aumentar el augusto escuadron de las santas virgenes. Esta reverente representacion, efecto puro de un zelo prudente y desinteresado, hizo impresion en el corazón de la princesa; y advirtiéndolo los dos hermanos, aprovecharon la ocasion y prosiguieron representándola con igual respeto que su religion y su virtud la prometian mayor fortuna; y trayendo á la memoria la boda que la proponian,